

Luis Durand

LA FRONTERA Y SU INTERPRETACION EN LA LITERATURA CHILENA ⁽¹⁾

DENTRO de la geografía literaria chilena, puede decirse que la parte más conocida de nuestro país, es aquella que hasta hace poco se denominó la frontera, por ser ella el último reducto que amparó las gallardías de esa raza fuerte y valerosa, cuyas hazañas cantara don Alonso de Ercilla, en las densas estrofas de *La Araucana*. Hasta las postrimerías del siglo pasado, oíase aún allí, el grito de guerra de los araucanos a quienes ni parlamentos aparatosos, ni ejércitos aguerridos, pudieron reducir. Al amparo de las selvas magníficas de esa región, los descendientes de Lautaro y Galvarino, de Caupolicán y Colo-Colo seguían defendiendo su tierra. Pero no eran ya las fieras huestes que marchaban al combate luciendo sus pechos bruñidos de sol, con los biceps estallantes de vigor sujetando la maza, o hendiendo el aire con su lanza. No son ya aquellas huestes que embestían como una catapulta de carne sobre el fuerte de Purén, donde muere el capitán de la conquista don Pedro de Valdivia, o como un rodado humano en la cuesta de Marigüeñu donde sucumbe don Pedro de Villagrán, con

(1) Este trabajo fué leído por el autor, en una de las veladas de la Semana del Libro Nacional.

todos sus jinetes. No, no es ahora la brava gente que abría el pecho de los vencidos para arrancarles el corazón tibio y palpitante aún y devorarlo a mordiscos entre un chivateo ensordecedor. Por esos días a que me refiero no son sino un triste remedo de aquella raza indomable. Espectaculares y gritones, caen de vez en cuando, sobre un caserío o una caravana de viajeros para quitarles lo que llevan huyendo después como forajidos a refugiarse en la selva. Y cuando ya el sol de este siglo vertiginoso, se empina sobre el atalaya susurrante de los grandes bosques de Malleco y Cautín, entre cuyas espesuras la flor del copihue como una mancha de sangre, que brotara de todos los corazones de una raza vencida, se estremece colgando de los boquis que enlazan a la selva, ellos se recogen a sus rucas, silenciosos y huraños, entristecidos y recelosos, embrutecidos por el aguardiente y la jamaica, para tumbarse en el interior de sus viviendas, degenerados, por la mugre y el vicio, en la media luz de sus rucas misérrimas, o aparecer de vez en cuando en un camino solitario, como el espectro de su raza, y musitar si un caminante los encuentra un saludo, quejumbroso y melancólico.

La civilización con todas sus engañifas los arruinó empujándolos al último rincón. Lo que no consiguió el acero de las armas y el tronar de los cañones, lo hizo arteramente el alcohol. Y en el advenimiento de este siglo en lugar de ellos vino a reemplazarlos, como dueño de la tierra, el colono emprendedor e infatigable, que, de pequeño falte se trasforma en agenciero, de ahí en hacendado y después en banquero. Como la ley protege al indio, éste goza de completa libertad. Mientras la china ara los terrenos, lava el mote en el estero, o esquila las ovejas, el indio descansa de su tremenda fatiga de no hacer nada, de su enorme cansancio ancestral. Pañituquea al amparo de la ruca que ya se viene abajo, junto a su cántaro

de muday o de aguardiente para después «romancear» la borrachera, peleando con la china o el mocetón, con el cual termina por loncotearse. Entonces viene a reemplazarlo en el cultivo de ese suelo, el criollo pobre que hace ya tiempo dejó el fusil de la guerra, y se transforma en inquilino, en mediero, o consigue «vivir en lo propio» dentro de unas cuantas pulgadas de tierra, satisfecho y orgulloso de ver cumplida su mínima ambición. Los bosques comienzan a arder en colosales hogueras que incendian el cielo, para ser reemplazado por grandes sementeras que ondulan en el viento que ahora discurre dulcemente porque ya la espesa maraña de los coigües, de los robles y de los lingües, no provocan su cólera oponiéndole la densa muralla de sus troncos enormes. Hombres de rostro curtido que obedecen al gesto autoritario de los capataces, con la cintura enfajada, doblan su torso dándole al combo y la piqueta, para abrir largos caminos que como sierpes se hunden en las hondonadas, repechan los agrios lomos de los cerros o cruzan torrentes y pantanos acercando las distancias que median entre la aldea y la ciudad. Y tras ellos, vienen otros hombres provistos de raros aparatos, con los cuales miden distancias, y calculan honduras, para que después surjan allí puentes y vías férreas, hasta que un día todo el austro donde aun palpita un hálito virginal, un aroma a tierra nueva y donde hay todavía un rincón de la umbría en el cual se adormece la luz, allí donde sólo la pupila de los pumas y de las huiñas se fijara, se siente traspasado por un alarido extraño, por un estremecimiento de asombro. Un monstruo humeante y vertiginoso se desliza sobre dos cintas de acero refulgentes. El rojo chisperío que sale de sus calderas hace chirriar las hojas de los canelos y de los boldos, que aun quedan por milagro a la vera del camino. De la alta ramazón de un viejo roble, salen huyendo pájaros enloquecidos y en ella también se enreda la humareda

de la civilización, como un último gesto rebelde de la selva que se siente traspasada por en medio de su corazón.

Y después, es verdad que ya sin grandes esfuerzos ni sacrificios, llegan también los primeros escritores chilenos, que por cierto no tienen el corazón aventurero de Ercilla, para ver lo que hay allí tratando de recoger la visión del paisaje, que aun es grandioso y de buscar lo típico, el sabor de las costumbres, escudriñar un poco en el alma rústica y primitiva de sus pobladores, y de captar lo que hay de interesante en el lenguaje de esa gente. Puede decirse que los primeros que lo intentan, en esta etapa, son los poetas. Diego Dublé Urrutia, Augusto Winter, Samuel Lillo y algunos otros de menor cuantía. En seguida muchos escritores han dirigido sus pasos por este camino, y desgraciadamente, pocos son los que han perseverado. Sin embargo han quedado en la brecha, los que más cariño desmuestran por interpretar el sur. Yo, en estos apuntes malamente pergeñados quiero referirme a tres de ellos, por considerar que su labor en este sentido ha sido más perseverante y más llena de fe. Y digo más llena de fe por cuanto esta clase de literatura, ha sido hasta cierto punto desdeñada por el reducido público lector de nuestro país, quién sabe si influenciado por la crítica que no ha sido nada amable para tratarla, pues con una tenacidad incomprendible y con una limitación de criterio realmente inexplicable, la ha combatido, tratando de arrastrar al escritor a una situación falsa y a correr el peligro de que nuestra literatura, fuera una imitación absurda y ridícula de la europea quitándole todo ese sello propio en el cual, a mi juicio, reside su mayor mérito, es decir el sentido aborígen, la sabrosidad costumbrista, el gracejo que hay en la expresión popular: todo lo que en suma constituye el conjunto armónico de lo nativo.

Y en esto no creo que haya mala fe, sino que incompreensión. El hombre que se duerme oyendo el zumbido de los alambres eléctricos y el sordo rumor de la ciudad, en cuyo tráfago se hunde día a día, está por consecuencia lógica más alejado del sentido poético de la vida. Siente con menos intensidad el llamado de la naturaleza; para él pasa inadvertido ese latir hondo y misterioso que surge de un bosque donde susurra el viento. No le interesa la visión panorámica ni la dulcedumbre que hay en un atardecer campesino, y posiblemente no se siente absorto ante el paisaje cuando el alba despunta melodiosa, toda envuelta en ese aliento fresco y perfumado de la tierra cruzada por aguas cristalinas, allí donde la selva irrumpe y el aire es trasparente y musical.

Y en parte la gente tiene, sino razón, excusa por lo menos de sentir esta aversión por el campo. Especialmente la gente de Santiago, cuyos campos fronteros están casi urbanizados y no ofrecen gran belleza ni atractivos. Por el contrario, el hombre fatigado que sale un día de paseo, a los alrededores, en vez de disfrutar del placer de la naturaleza, se ve expuesto a toda clase de molestias. Como los bosques han desaparecido y los pequeños esteros se han transformado en afluentes de grandes canales de regadío, se ven expuestos a toda suerte de incomodidades: al rayo inclemente del sol, a los zancudos y otros bichos que le hostigan sin piedad. Entonces llega renegando del campo y de todas las hermosuras de la naturaleza. Es razonable que se sienta atraído por el confort y demás comodidades que ofrece la ciudad.

Pero la región de la frontera que es de la que más han hablado nuestros escritores en sus narraciones, guarda aún, ese rudo encanto de la tierra aborígen. Los hombres que allí viven, conservan en gran parte también sus costumbres de antaño y la naturaleza se manifiesta en constante novedad. Esto lo han com-

prendido los escritores de quienes hablaré, los cuales obedeciendo a su instinto, que es siempre la voz interna y verdadera que guía al artista, han hecho su arte de acuerdo con un interés real, en el que resalta siempre lo más característico. Es indudable que de esta literatura saldrá otra de más vuelo, mediante la evolución natural y lenta que hay en todos los aspectos de la vida. Por el momento, creo que el criollismo es en nuestro país, como debe serlo en toda América, la expresión más sincera de la creación literaria.

En este pequeño trabajo, como ya he dicho, hablaré de tres escritores criollistas que, a mi juicio; representan la parte más valiosa de este género, por la fuerte personalidad que se percibe en ellos, por el vigor de su expresión y también por el exacto conocimiento de los temas que tratan. Ellos son: Mariano Latorre, Fernando Santiván, y Marta Brunet. A estos tres escritores el campo, les atrae, pero de distinta manera. En cada uno advierte el lector una expresión distinta, pero siempre una comprensión sincera del campo chileno y de su habitante.

En Mariano Latorre se une a la sobria elegancia de su estilo una riqueza de palabras que sabe distribuir con oportunidad y acierto para darle fuerza, color e intención a sus narraciones, ya sea en la descripción del paisaje en la que nadie le supera; como cuando pinta tipos y costumbres. Su obra llama la atención por el inusitado relieve con que se destaca el ambiente, y como muy bien dijo hace poco el poeta Torres Rioseco, sus personajes por mimetismo también se agrandan. En sus cuentos, la epopeya surge sin esfuerzo, así sea en la cordillera, en medio de la selva o frente al mar. En el prólogo del mismo Latorre, a su libro *Chilenos del Mar* que es un verdadero canto al océano podemos admirarlo. Es un trozo robusto, vibrante, lleno de ricos matices expresivos. Voy a leer

una parte de él, que ustedes seguramente sabrán apreciar.

«Al amparo de viejas velas, cangrejas húmedas de Chiloé o cuadras parchadas del Maule, he cruzado tu salvaje soledad, mar de los chilenos, y he bebido tu hálito salobre, hermano del puelche, de las nieves y del acre aliento de los pehuenes.»

«Mar de Chile, inmenso y virgen, que no hendieron griegos mascarones, ni supo de velas de púrpura ni de gavieros expertos, sino de balsas de cuero o trenzadas velas de totora; pero bebió el alma multisonora de los vientos primitivos.»

«Piraguas de centenarios troncos, rápidos bongos de las islas o canoas de cueros de los mares australes, fluctuantes como el pensamiento de los pilotos, rompieron tus olas huyendo del trueno, bajo la cabalgata de las nubes y vientos de aventura, desde el otro extremo del mundo, empujaron las velas rapaces de los piratas de Inglaterra y Holanda, trágicamente incorporadas a las leyendas del mar chileno.»

«Mar del norte, hijo del sol, cuya verde entraña se torna nieve espumosa al romperse en los grises acantilados, muro del desierto ubérrimo. Mar rayado por el vuelo de los yecos y el pestañeo de las garmas y roto por la daga de las albacoras.»

«Mar del centro de Chile, blanco de gaviotas, hirviente de congrios atigrados, de robalos de plata y cabinzas de ojos sajones, mar de los viejos pescadores coloniales, ingenuos y superticiosos.»

Hay como se ve, riqueza en la expresión, y una fuerza armoniosa y vibrante en este trozo que es una parte de este poema del mar de Chile. La obra de Latorre, tiene además el gran mérito de la fe que él ha puesto en construirla. A través de veinte años sigue laborando en ella,—la parte tal vez más importante está aun inédita,—con la tranquila seguridad de que es ese su verdadero camino. Muchos cantos de sirena

tratan de engañarlo induciéndolo a alejarse de esa senda. Seguramente como todo hombre ha experimentado algunos desfallecimientos que le hacen intentar otras rutas. Tal vez en esos momentos inciertos ha creído que en realidad debía ampliar el ámbito de sus creaciones y de allí salieron la «Confesión de Tognina», «Collares» y «La Paquera» que está inédita.

Esto le ha servido para demostrar su viva capacidad. Pero no creo que el mismo Latorre considere ésta como la parte más valiosa de su obra. Su cariño está en lo autóctono, en lo que tiene verdadera y auténtica chilenidad. Es curioso el caso de este hombre que anda por la calle conversando de motivos y asuntos campesinos, que siente un amor sincero por la naturaleza, que se regocija como un chiquillo, cuando oye una expresión bien de la tierra que pinta a un tipo de cuerpo entero. A más de poseer una gran cultura que ha ido asimilando a conciencia, posee un alma de verdadero artista. Hay en él, un sentido profundo de lo que interesa, y su observación penetrante del medio en que sitúa sus relatos, sabe revestirla con el ropaje elegante de su estilo, que sin ser atildado, es claro y limpio, y revela el influjo que ha puesto en su espíritu su ascendencia racial; la expresiva fuerza que le viene de Iberia, y la mesura y a la vez ponderación característica de la raza gala. Si alguna influencia pudiera advertirse en él, sería la de Conrad en sus relatos marinos, y a veces un lejano parecido con Zola por la energía con que sabe poner de pie en medio del relato a un personaje. En este trozo de su cuento «Mariman y el cazador de hombres» se puede apreciar:

«Grité enérgicamente hacia la cuadra:

—¡Sargento Suárez!

Apareció el sargento abrochándose la guerrera. Se cuadró en el filo del corredor. A contra luz, con un

fondo vibrante de sol, casi no ví su cara, pero su figura alta huesuda, se recortó con nítido contorno. Precisé, luego, su nariz, torcida a la izquierda por no sé qué accidente de equitación. Prestaba a la cara larga, algo de hosco y divertido a la vez, de cómico y de temible. Un espeso bigote cortaba con una línea negra, mal trazada, aquel rostro aguzado como el filo de un cuchillo.

—¿Cuántos hombres hay disponibles en el cuartel? Necesito tres para salir a Boroa en comisión del servicio.

Resonó la voz ronca del sargento; su voz habitual.

—Sólo hay dos carabineros disponibles, mi Teniente.

—«Con los dos entonces—repuse.

«Sentí en el patio voces de soldados y patadas impacientes de caballos. Fuí a la pieza del armamento a repartir municiones. Al retornar a la oficina, la mantas de castilla estaban ya enrolladas en los borrones de la sillas. Los soldados listos.»

Hay una gran vitalidad, como se ve, en este breve cuadro. En pocas líneas ha surgido todo ante nuestra vista. El pequeño cuartel de carabineros, los soldados, el sargento con su manera de ser, los caballos en el patio, todo envuelto en una fuerte luz que hace destacarse nítidamente el contorno de cada cosa. Creo que es esta la obra que debe hacer el escritor de América: obra representativa que muestre el color y el relieve de nuestros paisajes, ahincar en el detalle costumbrista, acertar en poner la palabra justa que es lo que más idea da de un hombre. Es este por el momento nuestro deber. La psicología enfermiza y absurda, las complicaciones sexuales, las aberraciones del espíritu para enfocar un problema humano, todo eso creo que es ya como el polvo de una vieja civilización después de haber pasado por muchos tamices. A mi juicio, creo que entre nosotros este aspecto no debe preocupar al escritor actual. Ya vendrá a su

debido tiempo. Así creo, que también debe comprenderlo Latorre, que con el entusiasmo de los primeros días coge la pluma y en «Un filón de rojo raulí» nos da esta sensación de paisaje, estremecida, sensual y fresca a la vez:

«A las dos de la tarde salió al campo. La nítida frescura extrañamente inmovilizada, cubría como una urna de cristal, el paisaje de la selva. Tras el blanquecino ejército de los coigües quemados, diseñábanse las aglomeraciones de árboles, de un verde recién lavado. La transparencia del aire acercaba fantásticamente el cono del Coyanco, con sus capas de nieves y su penacho blanquecino. En la hondonada humeaban los techos de las barracas y los planos de las improvisadas ranchas del aserradero. Junto a los montones de aserrín ennegrecido por los chubascos, el letargo pesado de los troncos de raulí y los rojos castillos de tablas, geoméricamente alineados en la explanada, como las casas de una aldea enana.»

La visión panorámica es total, luminosa y llena de relieve. Ya el lector tiene metida bien adentro la sensación del campo, por donde el personaje del relato, sabrá del dolor o la alegría de la vida en sus múltiples manifestaciones. Tengo fe en que con estos cimientos la literatura de América será grande, y tendrá, un sello legítimo y característico, que no necesitará de la europea otra cosa que la técnica de sus grandes maestros.

* * *

Fernando Santiván, demuestra también su grande amor al campo, que lo atrae e interesa de tal manera, que después de hacer una larga y brillante carrera literaria en Santiago, donde triunfa ampliamente como escritor, siente que no puede desoír el llamado de esas tierras del sur, en las cuales sus ojos ven la primera

luz de la vida. Su porvenir puede decirse que ya estaba formado aquí en Santiago, donde era conocido, donde estaban sus amigos y se le apreciaba, además, por sus grandes condiciones de hombre de bien. Sin embargo, el sur con sus montañas, sus ríos y quebradas profundas lo atrae, y un buen día lo deja todo para ir y vivir en plena naturaleza, en Villa Rica, cerca del lago de este nombre, en cuyo espejo se refleja a diario el cielo profundo del austro, y a donde reside desde hace ya un buen número de años. Antes ha escrito muchas novelas de la urbe santiaguina que le dan prestigio y lo consagran plenamente. Forma parte de la valiosa generación que empezó a producir alrededor del año novecientos. En sus comienzos lo atrae más la novela que el cuento. Así surgen de su pluma, novelas como «Ansia», que se publica el año 1910 y obtiene el primer premio en el concurso del Centenario, y que además es un éxito de librería, pues se agota rápidamente. En 1913 publica «El Crisol» que según el mismo lo declara, es una obra hecha con gran interés y cuidado, pero que no alcanza la resonancia de «La Hechizada», magnífico relato campesino que afianza su nombradía, y según todas las opiniones autorizadas, es una verdadera joya de nuestra literatura. Esta obra fué traducida al alemán en 1917, lo que prueba el interés que despertó.

Ese mismo año publica sus novelas cortas, tituladas «En la montaña» y después, «Robles, Blume y Cía». Creo que la mayor parte de la obra de Santiván en su aspecto campesino está inédita. Pronto debe aparecer una novela que sitúa en este ambiente y que se llamará «La montaña hostil». De sus cuentos criollos conocemos algunos publicados en la revista *Atenea*, y otros en los diarios de Santiago, entre los que recordamos con especial agrado «Pellines en el río», hermosísimo cuadro lleno de relieve y color del ambiente del sur. Es la descripción, robusta, de la epopeya de

los balseros que acárrean madera a lo largo del torrentoso Toltén. Son hombres rudos, cuya vida transcurre en medio de constante peligro. Cuando ellos van, sobre la corriente desmelenada y rugiente de las aguas, suele desencadenarse la tormenta que rasga el cielo con mil saetas zigzagueantes. Pronto resuena lejamente como un estampido amenazador el trueno, la terrible tralca indígena que empavorece al indio. La montaña sale de su murmurante ensoñación, y el follaje se encrespa, se retuerce, aúlla el viento en las hondonadas y los esteros escondidos y dulces, son entonces bestias bramadoras que rugen en la entraña de la selva, desbordándose jadeantes y enloquecidos, cuando se le opone el obstáculo de troncos y animales muertos. El cielo se ennegrece de pájaros que buscan angustiados la llanura, luchando con el viento, que a veces troncha sus remos para lanzarlos a la tierra como una pelota tibia y palpitante. Braman los vacunos alargando su espanto, en un alarido que se va a confundir con la salvaje sinfonía de las fuerzas ciegas de la naturaleza que danzan frenéticas su zarabanda estruendosa. Y sobre el río están los balseros, que no se oyen unos a otros con el ruido de la tormenta, pero que maniobran por instinto; la cabeza desnuda y chorreante de agua cuando el cielo revienta en cien mil cataratas. Y a veces, también hay dentro de ellos, la tormenta oscura de sus almas, y entonces sobre la balsa que queda sin gobierno, los hombres se enlazan en una lucha a muerte. Tal vez no alcanzan a darse cuenta de cual ha sido el vencedor, cuando la balsa se hunde y un tronco vertiginoso que va corriente abajo, les destroza la cabeza. Esta es la epopeya que sabe describir Fernando Santiván maestramente. Es lástima, que yo no tenga a mano al escribir estas líneas, ese cuento para haber leído uno de esos trozos. En «El tacho de don Bandera» describe Santiván la tragedia del viejo que después de una

vida entera de trabajo, consigue adquirir una trilladora vieja, con la que sale a ganar maquilas a las eras, donde se alzan las parvas rubias y grávidas de mieses. Pero la maldita trilladora, apenas siente caer las gavillas dentro de su gastado vientre metálico, se detiene, bota las correas, y sus poleas herrumbrosas se niegan a girar. Y a través del relato va el drama humano, donde hay un dolor verdadero.

La obra de Fernando Santiván, está saturada de gran riqueza emocional. Hay un romántico de buena cepa en este hombre grande y bizarro, que sabe expresar en su prosa las más dulces ternuras. Se advierte en su obra al hombre que sueña; pero que no se resigna a que sus sueños sean una quimera inalcanzable, porque el rescoldo ardiente, que duerme en él en esos momentos, se enciende rápidamente inflamado de pasión, de pasión definitiva que debe antojársele ha de ser la última cuando su vitalidad se siente sacudida por un fuerte anhelo. Pero como es un rico temperamento, la emoción refresca su exaltación, poniendo en su espíritu la suavidad de un viento crepuscular. En todos sus relatos asoma de pronto el sentimental, ya sea en una frase, para decirnos como son los ojos de una mujer, o describir un paisaje. Uds. dirán si tengo razón:

—«Señora... me envía don Guillermo...—expliqué apresuradamente.

—¡Ah, ya...!

Avanzó extendiendo su mano pálida y fina, que estreché poseído de un ligero estremecimiento. Era grave y lénquida su actitud. En su rostro se notaban bien marcadas las huellas de su enfermedad, y cómo sus facciones habían adquirido transparencia de hostia. Sólo sus ojos parecían tener vida. Los párpados se alzaban con lentitud, como pesadas cortinas entreabiertas sobre un misterio.—

Y en el paisaje hay siempre una nota delicada y poética:

«Llegábamos a una nueva quebrada. Abajo, muy abajo se divisaba el río, que aparecía de vez en cuando por algún claro de la arboleda, angosto y correntoso, alargándose como una masa elástica y trasparente, para recogerse un poco más allá en quietud de remanso, con su oscura superficie de cara al cielo, como una órbita purísima que reflejara al firmamento, los árboles, la sombra y el misterio de la naturaleza salvaje y potente.

* * *

Voy ahora a hablar de Marta Brunet, joven escritora chilena, que sin ningún tanteo anterior, irrumpe en el campo literario el año 1923, con un hermoso libro saturado de auténtica chilenidad y ambientado en plena montaña. Incorpora a nuestra literatura la región de Cura Cautín, donde aun existen grandes bosques, caminos a medio debastar, quebradas profundas y donde la naturaleza tiene un aspecto bravío y salvaje. De allí son sus relatos vigorosos como un agua fuerte, escritos en un lenguaje castizo, desprovisto en absoluto de todo barniz almibarado y feble. Por el contrario, hay algo de recio y varonil en su prosa.

A Marta Brunet, nacida en Chillán, no le interesa el paisaje un tanto monótono, donde predominan los viñedos, que rodea a su ciudad natal. Va a buscar los motivos de sus narraciones entre el ambiente áspero de Cura Cautín, y de Rari Ruca. Allí el espíritu animador de sus obras estará más de acuerdo, con el impulso que ella les dará. En esa región se desenvuelven sus novelas «Montaña Adentro», «María Rosa flor del Quillén», «Bestia Dañina», «Bienvenido», y algunos cuentos como Don Florisondo y Doña Santi-

tos, cada uno de los cuales viene a confirmar los méritos y calidad de su obra.

En Marta Brunet casi no se advierte la nota sentimental. Desde que inicia el relato se preocupa de ir dando el relieve necesario a sus personajes, e instintivamente les va creando cierta vida interior ruda y silenciosa. Es el dolor que no sale hacia afuera como el desahogo de una aflicción largamente contenida. Sus hombres se recogen hacia adentro en taciturna fiereza, mientras más agudo va siendo el torcedor que los va penetrando. Y de pronto la tragedia estalla, no en un gemido, sino con un grito de rebeldía; como si el dormido ancestro que gravitara en lo íntimo de su ser, se despertara furioso e intacto, arreciado por el esfuerzo que lo mantuvo doblegado a una voluntad poderosa.

Y ese tipo de hombre creado por Marta Brunet, en sus relatos no es por cierto una ficción antojadiza y literaria. Existe aún entre nuestros campesinos. Es como la herencia lejana, de la unión entre el conquistador fuerte y la india melancólica, que después de sus rudas caricias va a tener su hijo en el lecho fresco y húmedo de los quilantares, para después irlo a lavar en la corriente limpia del estero, que se lleva parte de su dolor y de su sangre. Es verdad que este tipo de hombre es el menos común, porque ahora el campesino es más bien rezongón y quejumbroso. Sólo por excepción, se yergue altivo y corajudo para desafiar al patrón, y en un supremo gesto ofrecer que abandonará la puebla. La puebla es un jirón de tierra mínimo, en la extensa propiedad del terrateniente; pero es tierra fértil en recuerdos para el inquilino que la ama como a su propio corazón. Allí nació el abuelo, allí nació el taita, y allí nacerán sino corren vientos adversos, sus hijos. Y junto a la puerta de su rancho dirá en un día triste:

—Así jué pues, patrón, me le murió la mujer.— Y

tras un silencio mientras una lágrima surca sus ásperas mejillas agregará: —Y hay que ver que hace falta la compañía. Una casa sin mujer es como un'olla sin agarraero.—

Marta Brunet sabe interpretar muy bien a través de su fuerte temperamento de artista, esta hosca tragedia de nuestro campesino. Por la intención de su obra le vemos un lejano parecido con Victor Catalá, seudónimo de Catalina Albert y Paradiz, autora de «Soledad» y otras novelas, interesantísimas, en las cuales nos da una visión de tipos y costumbres del campo de Cataluña. Marta Brunet es de pura ascendencia española, catalana por su padre y asturiana por su madre. Seguramente de allí le viene esa inclinación a lo trágico, que se advierte en sus novelas, y se ahinca en ella como una garra fuerte, buscando en lo humano, aquello que le dicta su temperamento, pues el paisaje sólo le sirve para fijar el cuadro con un breve brochazo.

De sus novelas, las que han sido más elogiadas son «Montaña Adentro» y «Bestia Dañina». Respecto a «Bienvenido», ella misma, está de acuerdo en creer que no es el libro que representa su manera de ser. Yo creo que la novela en que ha acertado plenamente es en «María Rosa flor del Quillén». Es un relato gracioso, a la vez sobrio y armónico. Nadie puede vislumbrar en qué va a terminar aquello, pues el inesperado final constituye una sorpresa que deja una agradable impresión en el lector, y lo convence de que el artista logró plenamente el propósito de ánimo su creación. Trataré de explicar en breves palabras el argumento de esta novela. María Rosa, es la mujer de don Saladino, el capataz de la hacienda. Más joven que su marido y muy hermosa, es una mujer honesta a quien nadie ha podido hacer blanco de chismes ni sacarle, como dicen en el campo «ni como lo negro de la uña». Pero hay un don Juan rural, Pancho

Ocares, una especie de demonio tentador para las mozas del lugar. Pero ante María Rosa, se estrella toda su vanidad de cínico conquistador. Sin embargo, él asegura que no hay mujer que no caiga, cuando se le sabe buscar. Y lo intenta, haciendo una especie de romántico campesino, que pasa frente a su vivienda lanzando miradas tristes, y poniendo la voz temblona cuando tiene ocasión de hablar con ella, simulando respeto y temor de provocar sus agravios. Y la treta le van dando los mejores resultados. La íntima coquetería de la mujer, se siente halagada ante el rendimiento, y cae. Pero mientras la cosa se produce, Ocares ha hecho su apuesta, consistente nada menos que en mostrar a sus amigos, como la Flor del Quillén se ha rendido ante su condición de hombre irresistible. Y acto seguido tiene el cinismo de decirle a María Rosa, que no fué el afecto quien lo empujó hacia ella; sino el interés de satisfacer su vanidad y el de ganar una apuesta a sus amigos, que luego vendrán a verificar esto último. La mujer le oye sin poder creer tanta villanía, hasta que de pronto reaccionando violentamente, toma el rebenque de don Saladino y lo azota con rabia frenética... Al mismo tiempo llama a los perros, que se lanzan sobre el hombre, quien sólo entonces se desprende de su estupor, y huye, a tiempo que llegaban sus amigos a comprobar la apuesta. Es interesante oír como la autora describe esta última escena:

«Se puso en pie amenazador. María Rosa lo oía con los ojos cerrados, temblando a cada palabra, recibiendo las como puñaladas en medio de su amor, de su dignidad, de todos sus sentimientos.

«¿Qué? decía el hombre en una especie de furia vengativa. ¿No contestas? ¿Sabís porque no me voy tuavía? Porque Melchor Candia y Chano Almendras, me van a venir a buscar aquí a tu casa tuya, pa con-

vencerse de que sos mi guaina y pagarme al tiro la apuesta. ¿Qué?

«La mujer había abierto los párpados y ahora lo miraba fijamente, con tal concentración en el poder visual, que las pupilas se le oscurecían hasta ser casi negras.

«—¡Canalla!—dijo y con un movimiento que Pancho no alcanzó a prever, cogió el rebenque de un clavo y azotó la cara del mozo.

«—¿Qué? ¡Ah! Bestia... Ah...!

Le pegaba en las manos que querían defenderse, en la cara, en las manos, en la cara. Era un movimiento rápido y mecánico como si el brazo hubiera cobrado un resorte que lo echara de uno a otro lado, dando seguramente en el blanco.

«El hombre retrocedió y abrió enteramente la puerta, tomado íntegro por la cobardía latente en él. Los golpes lo aturdían. Libre por la distancia se volvió vomitando injurias. La mujer gritaba:

«¡Mininco, Lolenco! y silbó a los perros que acudieron prestamente. Agarra Mininco! Agarra Lolenco! Agarra, agarra, agarra...»

Y entonces el fugitivo encuentra a sus amigos que entre indignados y risueños, miran despreciativamente a aquel hombre «que se había destruído en el sentimiento de la mujer» como dice la autora. Y así la reputación de la Flor del Quillén, queda intacta..

* * *

Creo necesario decir antes de terminar este modesto trabajo, que no son sólo éstos, los escritores que han interpretado el sur, sino muchos otros, entre los cuales conviene nombrar a don Carlos Walker Martínez, por sus romances históricos; y a Aurelio Díaz Meza, por su drama indígena «Rucacahuín», y otro de la época de la conquista, titulado «Bajo la selva», como así

mismo un libro de narraciones, en el cual describe con mucha fuerza de expresión un incendio en la montaña.

Como no es posible en un trabajo de esta naturaleza, extenderse demasiado, sólo he tratado ligeramente la obra de estos tres escritores; con el deseo de demostrar siquiera en síntesis el mérito de ella.

He de agregar también, con pena, que la crítica de este país ha tratado, o de destruir esta labor, o de hacer que el escritor la enfoque de distinta manera. Creo que la influencia racial tiene una grande importancia en el obrero intelectual. Así como el mulato trata de empolvase para disimular su origen, y así como el indio, cuando se pone ropa de hombre civilizado, niega su propia raza, y como el negro que vive soñando en un elixir que lo blanquee, creo que es también una manifestación de raza espiritualmente inferior el tratar de europeizar nuestra literatura, la que debe tener una fisonomía propia y característica. Debe tener el sello magnífico de nuestra América, de la que hay tanta cosa interesante que escribir, y en esto, pláceme hacer una excepción con dos hombres que han hecho crítica en este país: Latcham y Melfi, quienes comprenden bien nuestro problema espiritual, especialmente Domingo Melfi, hombre de pura raza europea; pero cuyo corazón tiene su raíz más honda en esta tierra, en la que se ha criado y donde ha formado su hogar y están todos sus afectos. El ha comprendido mejor que muchos chilenos esta clase de literatura, su fino espíritu de artista, se ha compenetrado de la labor que hacen los escritores, como los que acabo de mencionar. Vive interesado por conocer lo que se produce en América, y con su claro talento ha sabido hacer resaltar el mérito que hay en la literatura criolla. Con un espíritu limpio de prejuicios ha dicho verdades que guían y enaltecen al hombre que escribe con la sangre del espíritu ante la cruel

indiferencia del medio. A él, por su espíritu amplio y sereno, me es grato rendirle el homenaje de mis simpatías. Por su parte Ricardo Latcham, hijo de un esclarecido hombre de ciencias, inglés que ha hecho muy valiosas investigaciones sobre el origen de la raza autóctona, sobre sus costumbres, sus mitos y supersticiones, ha aprendido en el hogar paterno a amar lo nuestro, y sabe valorarlo y sobre todo comprenderlo.